

escribió Smith á Inglaterra, os ruego que enviéis tan solo treinta, entre carpinteros, hombres casados, labradores, hortelanos, cavadores ejercitados en arrancar las raíces de los árboles, pescadores, herreros y albañiles, bien provistos de cuanto necesiten, con preferencia á mil de los que tenemos.»

Smith era el mas á propósito para el puesto que ocupaba: nunca se desmintió su firmeza, y á pesar de todas las dificultades, supo afianzar el orden y la industria entre los colonos.

Disgustada la compañía de Lóndres, al ver frustradas sus esperanzas de enriquecerse rápidamente, apresuróse á aceptar una modificación en sus estatutos. El rey cedió á la compañía todas las facultades que para sí se habia reservado. El consejo supremo debia ser elegido por los mismos accionistas, y en el ejercicio de los poderes legislativo y gubernativo era independiente del rey. Entendiéronse los límites de la colonia, é ingresaron en la compañía gran parte de la nobleza y muchas personas distinguidas, así como varios comerciantes de Lóndres. Autorizado el consejo para establecer las leyes que considerase mejores para la colonia, igualmente que para enviar un gobernador que las ejecutase, obtuvo autoridad absoluta sobre las vidas, libertad y haciendas de los colonos. De este modo, parecia que ya podia esperarse razonablemente una administración firme y eficaz en los intereses de la colonia. El primer acto del nuevo consejo, fué nombrar gobernador y capitán general de la misma al Lord Delaware, cuyas virtudes realizaban su categoría, encargándose la administración á Sir Thomas Gates y á Sir George Somers, interin llegaba el nuevo jefe.

Bajo tales auspicios, era de esperar una expedición muy superior á las anteriores.

Efectivamente, no tardaron en darse á la vela nueve buques, al mando de Newport, llevando á bordo mas de quinientos emigrantes. La prosperidad de la Virginia parecia al fin asegurada. Empero, levantóse una furiosa tempestad; el buque á cuyo bordo iban Gates, Somers y Newport, separóse de los demás á impulso de los vientos, y despues de haber estado á punto de zozobrar, encalló en la costa de las Bermudas, sin perder ningun hombre. El resto de la flota, esceptuando un pequeño queche, tuvo la buena suerte de arribar á Jamestown, salvándose todos los pasajeros.

Mientras tanto, se habia ocupado Smith en mantener el orden entre los pocos colonos que le quedaban; pero la repentina llegada de tan considerable refuerzo, desconcertó todos sus planes. Los nuevos emigrantes eran en su mayor parte «gente perdida y desenfrenada,» hombres de malas costumbres, que habian derrochado sus fortunas, y que huían de su patria para librarse de los castigos con que les amenazaba la justicia. Estando vacante el gobierno de la colonia, ignorábase cuál era la suerte del nuevo gobernador. Por otra parte, la autoridad provisional de Smith daba lugar á dudas y contestaciones. Todo parecia contribuir á la pronta disolución de aquella pequeña república. La union era el único medio de asegurar su defensa contra los indios, cuyo rencor por las usurpaciones de los europeos iba ganando terreno rápidamente; pero la disension de los colonos aumentaba de dia en dia. Powhatan, contenido á veces por el ascendiente de Smith, formaba planes en otras ocasiones para acabar con todos los ingleses. En tan peligrosa situación, Pocahontas vino á ser una vez mas el ángel protector de la colonia, y despues de Dios, como lo declaraba Smith en una carta dirigida á la reina,

esposa de Jacobo I, el instrumento que les preservó de la muerte, del hambre, y de su total ruina. «Cuando su padre, continúa diciendo el mismo navegante, trató de sorprenderme astutamente, en tanto que yo no tenía conmigo mas que diez y ocho hombres, ni la oscuridad de la noche, ni el cansancio de cruzar selvas y matorrales, fueron bastantes para arredrarla, y con las lágrimas en los ojos vino á prevenirme, del mejor modo que pudo hacerlo, aconsejándome que evitase el furor de su padre, quien la hubiera matado si hubiese descubierto que era ella quien me daba este aviso.» Mientras que la discordia esponía á los colonos á ser víctimas de los indios, la falta de industria bien concertada, y el rápido consumo de sus provisiones, los amenazaron en breve con todos los horrores del hambre. Aunque estaba nombrado otro gobernador, Smith, por un sentimiento de adhesión hacía sus compatriotas, continuó todavía luchando con los revoltosos colonos, y manejando con firmeza el timón de aquella república, hasta la llegada de su sucesor, aun cuando en esa época crítica una explosión accidental de pólvora le causó graves heridas, para cuya curación no eran muy á propósito el clima y los escasos medios de que podía disponer en la Virginia. Delegando, pues, su autoridad en manos de Percy, se embarcó para Inglaterra. Agudos padecimientos y la ingratitud de sus poderdantes, fueron la única recompensa que obtuvo de sus servicios. Ni un solo palmo de tierra, ni la casa que él mismo se había edificado, ni siquiera el campo que con sus propias manos cultivara, ni premio alguno, en fin, sino el aplauso de su conciencia y del mundo entero, fueron el galardón de sus penosos sacrificios, y de las peligrosas tentativas en que con tanto afán hubo de empeñarse. El fué el padre de la Virginia, el verdadero caudillo que

estableció la raza sajona en los límites del nuevo mundo. Conservó siempre la claridad de su juicio, en medio de la general desconfianza y desaliento de los que le rodeaban. Aunaba en su persona el mas elevado espíritu de aventuras, con las mejores facultades para llevar á cabo cualquier proyecto. Con su estremado valor y sangre fría, llegó á ejecutar lo que otros tuvieron por irrealizable. Fecundo en expedientes, era pronto en la ejecución de lo que una vez había concebido. Aunque perseguido sin descanso por la maligna envidia, jamás recordó las faltas de sus enemigos. Nunca fué su costumbre enviar sus hombres al peligro, sino acaudillarlos él mismo. Primero hubiera padecido necesidades, que pedir prestado, y habría preferido morir de hambre, que no pagar á sus acreedores. Nada había en él de falso ni fingido: era, por el contrario, franco, honrado y sincero. Discernió claramente que el verdadero interés de la Inglaterra no estribaba en buscar oro y querer enriquecerse repentinamente en la Virginia, sino en fomentar la industria y la agricultura. «Nada, solía decir, debe esperarse sino del trabajo.» (*)

Este hombre ilustre no volvió mas á la Virginia, á pesar de que estuvo varias veces en la Nueva-Inglaterra al servicio de la compañía de Plymouth. Su muerte ocurrió en Londres, en 1631, cuando contaba cincuenta y dos años de edad. En su bien escrita *Biografía del capitán Smith*, resume Mr. Hillard los servicios que debe la América á tan insigné varón, en los siguientes términos: «La gratitud que merece es una deuda nacional. Doquier que se hable inglés en este continente, habrían de narrarse sus proezas y venerarse su memoria. No solamente no

(*) *Historia de los Estados-Unidos*, por Bancroft, tom. 1, pág. 138.

debieran olvidarse sus servicios, sino tenerlos siempre presentes. Ni bastan el impasible lienzo ni el frío mármol para honrarle, sino que debieran brotar sus alabanzas de los labios y correr de boca en boca, trasmitiéndose así de padres á hijos. Nunca pudo encontrar la poesía un argumento mas patético ni mas novelesco que el de su vida y aventuras, y entre los nombres inmortalizados en las gloriosas páginas de la historia, pocos serán los que se hallaren mas honrosos é inmaculados que el suyo.» (*)

Apenas se hubo alejado Smith de la colonia, cuando se vió sumida en la mas espantosa miseria. Careciendo de víveres, negáronse los indios á proporcionar nuevas provisiones, y asesinaron traidoramente á muchos de los colonos. En menos de seis meses una hambre horrorosa, cuya memoria duró largo tiempo en la Virginia con el nombre de *starving-time* (año del hambre), redujo el establecimiento al último apuro, pues de las quinientas personas que quedaron en él cuando marchó Smith, únicamente sobrevivían sesenta, y la indolencia, los vicios y la falta de alimentos, continuaron disminuyendo su número, hasta tal punto, que á haberse retardado diez dias mas el socorro, hubieran perecido tambien las restantes. Empero, llegó á tiempo el auxilio para evitar esta última catástrofe. Gates y Somers, que habían naufragado en las Bermudas, aunque sin perder ningun hombre, lograron

afortunadamente preservar sus comestibles de toda especie, y en tanto que los colonos de la Virginia perecían de hambre y de miseria, ellos se habían mantenido abundantemente muchos meses con los frutos que la naturaleza les brindara. An-

(*) *Vida del capitán John Smith*, pág. 143. Véase tambien la vida del mismo generoso aventurero, tan pintoresca y deliciosamente escrita por Mr. W. G. Simms.

siosos de reunirse con sus compañeros, construyeron dos malos buques, y tuvieron la dicha de arribar sanos y salvos á la Virginia, el 24 de mayo de 1610. Horrorizáronse al ver los pocos colonos que sobrevivían, y calculando que no tendrían comestibles mas que para diez y seis dias, resolvieron abandonar el teatro de tantas y tan prolongadas desdichas, incendiando de paso la ciudad antes de su partida, acto de insensatez á que afortunadamente se opuso Gates. El dia 7 de junio se embarcaron al fin en cuatro pinazas ó piraguas, y bajaron el río aprovechando la subida de la marea; pero en la mañana siguiente, y antes que entraran en el mar, quedáronse pasmados con la repentina aparición de uno de los botes de Lord Delaware, que acababa de llegar á la boca del río con buques y refuerzos. Mediante su persuasión y autoridad, pudo lograr el nuevo gobernador que retrocedieran los colonos. Lord Delaware dió principio á su gobierno el 10 de junio, haciendo público su nombramiento, y solemnizando además el acto con oraciones y rogativas dirigidas al Ser Supremo, para que le concediera buen acierto y prosperidad á la colonia. Rebosaban de júbilo los colonos, considerando como un favor especial de la divina Providencia la llegada del gobernador, y resueltos á luchar con las dificultades de su situación, pronto las vieron ceder ante los esfuerzos de su energía. La firmeza de carácter, aunada con la moderación y afabilidad del gobernador, refrenaron á los revoltosos. Establecióse un sistema regular de trabajo diario, y á cada cual se le señaló su tarea, debiendo dar principio á ella con actos públicos de devoción. Entonces empezó á consolidarse la colonia, pareciendo dar señales de una existencia permanente; pero apenas había conseguido Lord Delaware tan halagüeños resultados, cuando se que-

brantó su salud, en términos, que tuvo precisión de regresar á Inglaterra, delegando su autoridad en manos de George Percy. Durante su corta permanencia en la Virginia, no solamente redujo á los colonos, en número ya de unos doscientos, á cierto grado de obediencia, sino que contuvo á los indios en sus conatos de usurpacion, levantando dos nuevas fortalezas, y atacándolos en algunas de sus aldeas. Hacia la misma época salió Sir Georges Somers comisionado á las Bermudas en busca de provisiones; pero perdió la vida en la espedicion. El capitán Samuel Argall, que le acompañaba en otro buque, volvió con un buen acopio de trigo, que adquirió en las riberas del Potomac.

En el mes de mayo, poco despues de la partida de Lord Delaware, llegó á Virginia

1611. Sir Thomas Dale, con tres buques, ganado, víveres y otras cosas de que necesitaba la colonia. Dicho jefe estaba autorizado para administrar sumaria justicia contra cualquiera clase de delinquentes. A fines de agosto, arribó tambien Sir Thomas Gates, con seis embarcaciones, doscientos ochenta hombres, veinte mujeres, numeroso ganado lanar, algunas piaras de cerdos, municiones de guerra y otros artículos de primera necesidad, tomando posesion del gobierno en medio de las aclamaciones y de las mas vivas demostraciones de gratitud por parte de los colonos, que dirigian diaramente fervorosas preces al cielo por la prosperidad de Inglaterra, su muy amada patria.

La colonia principiaba á estenderse por la ribera del rio James, donde ya se habian fundado nuevos establecimientos y empezado á levantar una ciudad, rodeada de empalizadas, á la cual se dió el nombre de Henrico, en honor de uno de los príncipes de la familia real inglesa. Empero, no se guardaba bastante consideracion con los derechos de

los indios, haciéndoles, por lo regular, muy poca justicia.

Al año siguiente, algunos aventureros obtuvieron del rey una ampliacion de sus concesiones. Incluyéronse las Bermudas en los límites que abarcaba su tercera patente; mas fueron trasferidas poco despues á otra compañía distinta, y llamadas, en honor de Sir George Somers, *islas de Somers*. El supremo poder que antes residia en el consejo, fué de nuevo otorgado á la compañía, la que celebró frecuentes juntas para la transaccion de los negocios, lo cual daba á la corporacion cierta forma democrática.

Continuaba aumentándose rápidamente la prosperidad de la colonia, siendo esta especialmente favorecida en aquella época con la firme alianza que pactaron los ingleses con Powhatan y los indios, á consecuencia del casamiento de la buena y cariñosa Pocahontas.

Una partida de forrajeadores, acaudillada por Argall, habia logrado apoderarse de aquella doncella, y llevarla á la colonia. Cuando su airado padre reclamó su restitution, le fué negada. Estaban ya á punto de romperse las hostilidades, á tiempo que un benemérito jóven inglés, llamado John Rolfe, que se habia captado el afecto de Pocahontas, la pidió por esposa. Con sumo gozo consintió Powhatan en este enlace, y su hija, naturalmente dócil y bondadosa, tardó poco en instruirse en la fé cristiana, siendo bautizada por el virtuoso sacerdote Alexander Whitaker, quien solemnizó tambien el matrimonio con arreglo á los usos y prácticas de la iglesia episcopal (*). Al saber esto la tribu de los *Chickaominis*, solicitó la amistad de los ingleses, abrigando fundadas esperanzas

(*) Iglesia episcopal protestante en la Virginia, por el doctor Hawks, pág. 28.

de que semejantes enlaces entre ambas razas podrian efectuarse con frecuencia; pero no correspondió el resultado á sus deseos, porque los europeos parecian esquivar esta clase de alianzas. Resentidos del agravio los indios, reconcentraron su despecho, hasta encontrar una ocasion propicia para vengarse de aquella afrenta.

Pocas palabras mas añadiremos respecto á la suerte de Pocahontas. Tres años despues de su casamiento, acompañó á su marido á Inglaterra, donde fué muy obsequiada por su bondad y modestia, así como por los grandes servicios que habia prestado á la colonia. Allí hubo de encontrarse otra vez con el esforzado Smith, á quien ella creia muerto mucho tiempo hacia. Aquel noble caudillo nos ha dejado una interesante narracion de su entrévista con la jóven india, y de las circunstancias de su prematura muerte: «Estando preparándome por aquel tiempo para emprender un viaje á Nueva-Inglaterra, no podia quedarme para prestarle el servicio que yo deseaba y que ella tenia tan merecido; pero oyendo que se hallaba en Brandford, con varios de mis amigos, pasé inmediatamente á verla. Despues de dirigirme un modesto saludo, sin proferir palabra, se volvió hacia otro lado, anublándose su semblante, cual si estuviera disgustada. Viéndola con tal humor, su marido y los que estábamos presentes salimos de la estancia, y la dejamos sola por espacio de dos ó tres horas, arrepintiéndome yo de haber escrito que ella hablaba el inglés; pero poco despues, empezó á hablar y á recordarme los favores que nos habia dispensado, diciendo: «Vos prometisteis á Powhatan que lo vuestro seria suyo, y él os hizo por su parte igual ofrecimiento: vos le llamabais padre, siendo extranjero en su tierra, y por igual motivo debo yo hacer otro tanto.» Aunque hubiera podido escusarme de apelli-

darla hija, nunca me hubiera atrevido á concederla semejante título, porque era hija de un rey. Adivinando la jóven mi vacilacion, añadió con firmeza: «¿Os atrevisteis á ir á la tierra del autor de mis dias, causándole temor á él y á su pueblo, aunque no á mi, y no os atreveis ahora á que os llame padre? Digoos, pues, que lo quiero, y que me llamareis hija, y así seré para siempre vuestra compatriota. Deciannos que habiais muerto, y no he sabido nada en contrario hasta que llegué á Plymouth. Sin embargo, Powhatan encargó á Uttamatomakkin que os buscara y averiguase la verdad, porque vuestros compatriotas son muy mentirosos.»

«El tesorero, el consejo y la compañía equiparon y proveyeron perfectamente un buen buque, llamado el *George*, á cuyo bordo debian embarcarse el capitán Samuel Argall, la señora Pocahontas, por otro nombre Rebecca, con su esposo y otros pasajeros; pero en Gravesend, plugo á Dios llamar á sí á aquella jóven, cuya inesperada muerte, aunque sensible, causó menos pesar á los circunstantes, que gozo les produjo oirla en sus últimos momentos, al verla terminar su existencia tan devota y religiosamente.» (*)

Este infausto acontecimiento ocurrió en 1616, cuando Pocahontas contaba apenas la edad de veinte y dos años. La noble india dejó un niño que se educó en Inglaterra, y del cual suponen proceder algunas familias de la Virginia, pretendiendo de ahí descender directamente de la hija de Powhatan.

Mucho se fomentó la prosperidad de la colonia estableciendo un derecho de propiedad privada, y enviando de Inglaterra cierto número de respetables doncellas, que debian convertirse en hacendosas madres de familia. Autorizado Sir Thomas Dale á poner en ejér-

(*) *Historia de la Virginia*, por Smith, p. 121.